Master Negative
Storage Number

OCI00042.21

Melchor de la Cruz

Madrid

[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00042.21

Control Number: ADT-2398
OCLC Number : 29681503
Call Number : W 381.568 H629 v.2 MELC
Title : Melchor de la Cruz, alias El Diablo.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Cruz, Melchor de la.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(CUATRO PLIEGOS)



MELCHOR DE LA CRUZ

ALIAS

EL DIABLO

MADRID
Despacho, calle de Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

MELCHOR DE LA CRUZ

I

Melchor de la Cruz (a) el Diablo ha sido uno de los bandidos que alcanzó tanta fama en su tiempo como la alcanzaron después José María, Juan Caballero, Los Botijas y el Barquero de Cantillana, que fueron el terror de Andalucía, y durante muchos años los reyes y dictadores de los caminos.

El verdadero nombre del que nos ocupa lo guarda con gran reserva su historia, y nosotros, aunque lo conocemos demasiado, haremos lo mismo, para evitar susceptibilidades y disgustos que desde luego nos saldrían al encuentro.

Transmitiremos solamente la relación que nos hizo un anciano venerable, amigo nuestro, que conoció demasiado al bandido y presenció muchos de sus actos, al que tuvo que amparar en más de una ocasión, gracias al abandono en que tenían las autoridades los pueblos, los caseríos y los cortijos de toda la Andalucía.

Hé aquí, pues, lo manifestado por nuestro amigo:

Nació Melchor en una de las principales ciudades de Andalucía, de padres acaudalados y aristocráticos, emparentados con la más alta nobleza y los más distinguidos personajes de la corte; hijo único, y voluntarioso como todos los muchachos, sus gustos y sus inclinaciones eran siempre respetados por cuantos le rodeaban, y sus padres gozaban á más y mejor con sus continuas y diabólicas travesuras.

Ya mozalbete, y pervertida su alma por las reuniones de otros jóvenes desocupados y de instintos tan perversos co-

mo los suyos, tuvo su padre necesidad de hacer un viaje á la corte para ventilar un asunto de familia del mayor interés.

Determinó que le acompañase Melchor, creyendo que sería un viaje instructivo para el joven, pero éste pensaba de distinta manera que el autor de sus días, y si accedió gustoso, fué convencido de lo mucho que podía divertirse en la corte, donde abundaban los desocupados y las mujeres hermosas, en las que pensaba con una insistencia impropia de sus pocos años.

Algunas aventuras, llevadas á cabo entre sus amigos con un descaro y una insolencia inaudita, le valieron el sobrenombre del *Temerario*, que él aceptó con un orgullo y una fatuidad que le hicieron cometer algunos atropellos que hubieran detenido á muchos hombres desalmados y galanteadores.

No hizo otros estudios que el manejo de las armas, en las que había hecho rápidos progresos, llegándolas á dominar por completo, no sólo en las que esgrimen los caballeros, sino también en la navaja y el cuchillo, de la propiedad del rufián y del galeote.

Con estas condiciones, adornadas de un valor salvaje, emprendieron padre é hijo el viaje á la corte, pareciéndole al último que no llegaban nunca.

Aunque Melchor sólo contaba diez y siete años, representaba mucha más edad, efecto sin duda de lo mucho que había abusado de la naturaleza en sus primeros años.

Al llegar á la corte los esperaba un pariente cercano, hombre riquísimo, el que desde los primeros momentos demostró á Melchor un cariño filial, del que no era digno, al que correspondió con la más negra de las ingratitudes. Los condujo á su casa, recibiéndolos su esposa y dos distinguidas jóvenes, hijas suyas, tan bien educadas como preciosas, las que prodigaron á los forasteros toda clase de atenciones, con una finura y delicadeza que revelaban su exquisita educación.

Verlas, y cruzar por la mente de Melchor un pensamiento horrible, fué obra de un momento.

Apenas instalados en el domicilio de su pariente, y des-

pués de los cumplimientos de ordenanza, se lanzó á la calle, bajo el pretexto de recorrer la población, que, como la primera capital de España, debía ser hermosísima.

A ninguno le causó extrañeza este natural deseo; pero la verdadera causa era el deseo lúbrico que le inspiraban las hermosas mujeres que en distintas direcciones cruzaban por sus calles, de las que había oído contar maravillas y nocturnas aventuras á varios de sus amigotes que habían visitado la corte.

Dos días después regresó á casa de su pariente, que, como su padre, estaba con sumo cuidado por su extraña ausencia, cuando no conocía á nadie, siendo, por razón natural, inexplicable su conducta.

¿Dónde había pasado aquel tiempo? Nunca le fué posible explicarlo, pero sí recordaba que había estado en muchos garitos, y después de francachela con unos cuantos perdidos, que se brindaron espontáneamente, en vista del dinero que derrochaba, á ser su guía en el laberinto de la corte y proporcionarle conocimiento con todas las mujeres hermosas aficionadas á la vida alegre.

Dejamos á un lado los continuos y graves disgustos que Melchor proporcionaba á su familia, especialmente á su padre, la debilidad de éste, y, sobre todo, la cariñosa solicitud de su pariente, que todo se lo consentía y que continuamente le llenaba de oro los bolsillos.

Los ratos que le quedaban libres en la vida licenciosa que había emprendido, los dedicaba á hacerle el amor á la mayor de las hijas de su pariente, ante la que aparecía como un joven un tanto calavera, pero digno y pundonoroso, incapaz de manchar el ilustre apellido que llevaba.

Su inocente y candorosa prima tuvo la debilidad de amarle con un cariño tan puro é inmenso como infame y villana era la pasión que le pintaba Melchor con la vehemencia propia de un conquistador de oficio, que tenía la convicción de vencer en la lucha desigual emprendida entre una paloma y un gavilán de aceradas uñas.

Procuró por todos los medios posibles que estas relaciones no se traslucieran, porque desde luego su padre hu-

biera desengañado á la pobre niña, y su familia se hubiera opuesto á que continuasen aquellos amores, que debían causar la desgracia de toda su vida.

El hermano de su madre había presentado á su cuñado y sobrino en todas partes, haciéndoles frecuentar los salones aristocráticos de cuantos nobles habitaban la corte, donde al poco tiempo Melchor se hizo con una veintena de amigos tan calaveras y despreocupados como él, á los que aventajaba en valor y en el manejo de las armas.

Confiado en estas cualidades, provocó algunos lances con los que tenían más nombre de diestros y valerosos, poniéndolos fuera de combate después de burlarse de su valor y destreza. También se había dado á conocer entre la canalla, unas veces con el cuchillo y otras con la navaja cachicuerna llamada del *Santo Óleo*.

Llegó en poco tiempo á infundir miedo entre los aristócratas, y pavor entre la galopesca, los que le adulaban continuamente y á los que mandaba con un despotismo insolente é irritante, sin que ninguno se atreviese á replicarle una palabra.

Humillados los de arriba y los de abajo, se dejó llevar de sus instintos lujuriosos, y no había mujer que no asediase con sus pretensiones; y si no conseguía por sí mismo sus favores, los alcanzaba por medio de la traición y la violencia. Cuanto más se resistía cualquiera de sus elegidas, tanto mayor era su venganza y más extensa la publicación de su deshonra, no dejándola de la mano hasta sumirla en la miseria y hacer que sucumbiese de hambre y desesperación.

Sentía un placer infinito haciendo sufrir á cuantos le rodeaban, y sus crueldades é infamias hicieron que algún alcalde de casa y corte fijase en él su mirada y diera con su cuerpo en la cárcel á consecuencia de la delación de alguno de los mismos que le ayudaban á cometer ciertos actos salvajes.

Pero inmediatamente se echó encima su familia; y fué tal el cúmulo de recomendaciones y aun de amenazas que cayeron sobre el desdichado alcalde, de elevadísimos personajes, que terminó el sumario apenas comenzado, ponién-

dolo en libertad, y lo que es más, dándole toda clase de satisfacciones.

Su padre trató de alejarle de la corte, mandándole que regresara al lado de su madre, con el pretexto de que le llevase noticias del pleito que había entablado contra los que querían usurparle una parte respetable de sus bienes; pero Melchor se negó rotundamente á obedecerle, y esta negativa dió margen á un rompimiento entre padre é hijo, viéndose obligado á abandonar la casa de su tío, interrumpiéndose con este motivo las relaciones que sostenía con su prima.

Aunque Melchor no la amaba, ni mucho menos, su hermosura é inocencia le habían empeñado de tal modo, que no retrocedía ante ningún obstáculo que se le presentase hasta hacerla suya, aunque luego la arrojase de su lado como un mueble inservible.

Su padre quiso imponerle su voluntad cerrándole su bolsa y rogándole á su cuñado hiciese lo mismo, única manera de alejarle de las amistades contraídas, imposibilitándole de continuar aquella vida infame de perversidad en que permanecía encenagado y que volviese al buen camino; pero él acudió á su madre, que ignoraba por completo su conducta, la que puso á su disposición cantidades mayores de las que pudiera desear.

El tío de Melchor, que le quería muchísimo y era demasiado débil, no tardó mucho tiempo en abrirle de nuevo su bolsa, creyendo que la dureza de su padre le habría hecho contraer deudas, y, sobre todo, que estaría lleno de privaciones impropias de un noble rico que ostentaba su mismo apellido. El castigo, pues, impuesto por su padre, resultaba contraproducente, puesto que desde entonces dispuso de dos bolsas que llenaban de oro continuamente la suya.

No tardó mucho tiempo en comprar la fidelidad de la persona encargada de los asuntos domésticos de la casa de su buen tío, una especie de *factótum*, ama de llaves y señora de confianza, que gozaba de una reputación intachable, y á la que los dueños de la casa la creían incapaz de cometer una mala acción. Esta complaciente señora le facilitó varias entrevistas con su prima, con la que se quejaba de la sepa-

ración forzosa á que su padre la había condenado injustamente por no querer doblegarse á su caprichosa tiranía, demostrando un dolor y una desesperación que estaba muy lejos de sentir.

La pobre niña, cada vez más enamorada, creyéndole hombre de honor, no dudaba de sus palabras y juramentos, por lo que llegó á concebir contra el padre de Melchor una terrible aversión, que bien pronto fué notada por su tío.

No se sabe de quién partiría una explicación, pero fué lo cierto que vinieron á un acuerdo, prometiéndola su tío solemnemente que juntos examinarían su conducta, para que se desengañase de la razón que tenía para alejarle de su lado y viese la clase de hombre en quien había depositado su cariño.

Lo mismo que Melchor había comprado la persona de confianza de su cuñado, lo mismo hizo su padre con el mayordomo que regentaba la casa de su hijo, un rufián desalmado, de la misma calaña de los criados que le rodeaban, los que le obedecían ciegamente y eran sus cómplices en las infamias que cometía casi á diario.

Le convenía una servidumbre muda y ciega, encubridora de crímenes que hubiera castigado la justicia, al tener de ellos conocimiento, por encima de sus parientes y amigos.

Su padre debió asistir, acompañado de su sobrina, sin que nadie lo notase, á una de las muchas orgías que celebraba Melchor en un salón de su casa destinado al efecto, porque algunos días después de su última entrevista con su amada prima recibió carta de ésta, en la que le manifestaba lo imposible de su unión con un hombre que lo había perdido todo; y que si le quedaba un resto de pudor, haría muy bien en no volver á visitarla.

La carta le enfureció hasta el punto de concebir contra la pobre niña una terrible venganza; pero intentó antes engañarla de nuevo, y le rogó al ama de llaves le proporcionase una entrevista con su prima, acompañando la petición con una fuerte cantidad. La respuesta se la llevó la complaciente señora de confianza, y ocho días después, en ausencia de los padres de la pobre Aurora, le introdujo furtivamente en el

cuarto de su prima, tomando antes toda clase de precauciones para evitar una sorpresa; y antes de penetrar en la habitación la estuvo observando entre el portier que cubría la puerta.

Descubrió la bella é interesante figura de su prima sentada en una butaca, con la cabeza inclinada sobre el seno, y sin duda pensaba en sus amores imposibles, puesto que por su hermoso semblante rodaban continuamente gruesas y transparentes lágrimas. Contemplóla con la sonrisa en los labios, satisfecho del amor que la había inspirado y gozando en su sufrimiento, del que esperaba que más tarde la desesperación la arrojaría en sus brazos.

Compuso el semblante con arreglo á las circunstancias; y levantando el cortinaje, se presentó á la pobre niña tan abatido como ella lo estaba.

Pero Melchor no había contado con la dignidad de su prima. Esta se alzó rápidamente de su asiento, lanzando un grito de sorpresa; y al mismo tiempo que se enjugaba sus lágrimas, le señaló con ademán digno y majestuoso la salida, diciéndole:

—¡Salid de mi cuarto, caballero, si no queréis que llame á los criados para que os arrojen de mi presencia!

—Espera un momento—contestó Melchor;—antes quisiera tener contigo una explicación, para convencerte de que te han engañado miserablemente.

—Nada lograréis; sé lo bastante para despreciaros, y sólo siento el haber dado oídos á vuestras mentidas frases.

—¿Conque no quieres concederme algunos momentos de atención?

—Me niego en absoluto; y os ruego, caballero, por última vez que abandonéis mi aposento.

Estas palabras, y el desprecio con que fueron pronunciadas, exasperaron á su primo, que contestó de una manera violenta:

—¡Tus injurias y desprecios se convertirán en súplicas, que devolveré con carcajadas tan ruidosas como va á serlo nuestro rompimiento!

—¡Mi inocencia y mi honra están á más altura que vues-

tras injuriosas manifestaciones: podéis hacer contra mí cuanto queráis, que siempre será una acción tan digna como del canalla que pasa su vida entre rufianes, ladrones y mujeres perdidas!

Apenas terminó Aurora estas palabras, su primo, furioso y frenético, se lanzó sobre la pobre criatura, y cogiéndola con una fuerza brutal por la cintura, la arrojó con tal violencia, que chocó su cuerpo contra el piano y rodó por el suelo privada de sentido. El infame huyó, temeroso de que regresaran sus padres, con los hombres que había llevado para evitar una sorpresa.

II

Algunos años después murió la madre de Aurora; y aunque Melchor no había vuelto á verla, no por eso había abandonado el campo, esperando una ocasión oportuna para vengarse de la que le había rechazado á causa de su infame conducta. Tenía vigilada la casa, y nunca faltaba quien le dijese cuanto sucedía dentro, puesto que espiaban á las dos hermanas, interpretando á su manera sus más inocentes acciones.

Su nombre era despreciado por todo el mundo é infamado por sus hechos miserables y repugnantes, los cuales llegaron á conocimiento de su tío; el que, desengañado de creerle digno de su aprecio, le retiró su cariño, y pasaba por su lado sin saludarle. Ofendido Melchor, quiso tomarle satisfacción con las armas en la mano; pero medió su padre, al que trató con el mayor desprecio, jurándole que haría pasar á su tío por la mayor de las afrentas.

Algunos meses después se falló el pleito que había traído á la corte al padre de Melchor, y antes de regresar á su casa tuve una última entrevista con su hijo, tratando de disuadirle y apartarle de la escabrosa senda por donde caminaba ciego hasta dar en el precipicio; pero todo fué en vano: terminó insultándole y negándose á volver al lado de su madre; le despidió como si nunca le hubiera conocido. Un año des-

pués de abandonar la corte murió á consecuencia de los disgustos que continuamente le proporcionaba aquel hijo á quien tanto había amado.

Recibió la triste nueva por conducto de su madre, á la que no se tomó el trabajo de contestar, pero nombró en cambio un apoderado para que reclamase su legítima, puesto que ya había cumplido los veinticinco años. Al poco tiempo le fué entregada, y satisfizo las infinitas deudas contraídas, empezando contra su tío una campaña terrible para vengarse de él, al mismo tiempo que de su prima.

Derramó con profusión el oro hasta conseguir penetrar una noche en el aposento de la que había sido su prometida, con la infame intención de deshonrarla; y si bien no pudo conseguirlo, promovió tal escándalo que no hubo persona en la corte que no pusiera en duda la inocencia de aquella pobre niña, que era un dechado de virtudes.

El padre de Aurora buscó á Melchor, le abofeteó, y hubiera terminado la infamia cometida por su villano sobrino en un drama sangriento sin la intervención de los amigos de una y otra parte, que impidieron el lance por tratarse de parientes tan cercanos.

Con el propósito de evitar un nuevo atentado por parte de Melchor, su tío hizo los preparativos de viaje, retirándose de la corte, escogiendo para retiro de él y sus hijas una preciosa quinta de su propiedad en la falda del Guadarrama, inmediata al pueblo de Cercedilla.

Los espías asalariados de Melchor pusieron en su conocimiento la determinación de su pariente, y en el acto formó una partida, compuesta en su mayor parte de ladrones y asesinos, y algunos días antes que se pusiese en camino su tío, salieron de Madrid por diferentes puertas para no llamar la atención, los hombres que habían de secundar el plan inicuo que había concebido contra aquella familia, que tantos favores le había dispensado y que eran de su propia sangre.

Se instalaron en la sierra de Guadarrama; y si bien por lo pronto no molestaron á ningún caminante por no llamar la atención, es lo cierto que nadie podía atravesarla si Mel-

chor y los suyos le cerraban el paso. Como quiera que transcurriese una semana sin que apareciese su tío, la canalla que le rodeaba dió muestras de impacientarse; empezaron las murmuraciones, y dos de los más osados trataron de quererle obligar, en presencia de sus compañeros, al desvalijamiento de cuantos pasasen por el camino. Antes de que terminasen su petición, se arrancó Melchor, frenético y ciego de ira, dos pistolas de las que llevaba á la cintura, hizo fuego y cayeron á sus pies con la tapa de los sesos levantada.

El terror y el espanto se difundieron entre sus compañeros, á quienes increpó y excitó á que manifestasen sus quejas, pero ninguno se atrevió á pronunciar una palabra. Se había impuesto de una manera terrible, y desde aquel momento podía contar con la obediencia y fidelidad de sus bandidos.

Serían sobre las tres de la tarde cuando uno de los centinelas que tenía apostados le dió cuenta de que bastante lejos, y por la carretera, avanzaba un coche de camino escoltado por algunos hombres armados, y que sin duda debía ser el que esperaba con tanta impaciencia. Inmediatamente dió orden de que desapareciera su gente y que se ocultasen entre las breñas, preparando la sorpresa que había de rendir á los del coche, sin tener necesidad de librar un combate, en el que la ventaja estaba sin duda de parte de los bandidos.

Las órdenes que éstos recibieron eran terminantes: no debían hacer fuego hasta tanto que el capitán soltase el primer escopetazo, teniendo especial cuidado de que los proyectiles no tocasen á la berlina; que los valores que condujeran en el equipaje se le entregarían después del asalto para distribuirlos por partes iguales ó en la forma que tuviera por conveniente; que nadie debía tocar á los pasajeros sin que precediera una orden suya, tratándolos con toda clase de consideraciones, y, por último, en caso de resistencia por parte de la escolta, el ataque sería tan rápido como simultáneo, terminando la lucha lo antes posible.

Melchor se posesionó detrás de un alto peñasco, dominándolo todo, y esperó la llegada del vehículo con una impaciencia que los minutos le parecían siglos.

No bien penetró el coche y su escolta en la jurisdicción de los bandidos, se presentó de improviso Melchor, escopeta en mano, dándoles el ¡alto! con acento enérgico; los escopeteros, que no esperaban aquella acometida, le hicieron una descarga, sin resultado por la precipitación irreflexiva con que ejecutaron la maniobra.

Casi al propio tiempo el capitán hizo fuego sobre las mulas del tronco, cayendo una é interrumpiendo la marcha del coche, quedándose parado en medio del camino; los bandidos se presentaron de improviso, acometiendo con furia á los criados y escopeteros, que rodaron sin vida por el suelo, excepto uno, que se rindió pidiendo clemencia.

Su tío se había echado fuera del vehículo y defendía la portezuela del coche con un valor heroico, haciendo fuego indistintamente sobre los bandidos con un par de pistolas que cargaba y descargaba con suma rapidez.

Melchor, afinando la puntería, le soltó un escopetazo, escogiendo el sitio para que no muriese en el acto, cuyo proyectil le atravesó el pecho, cayendo herido gravemente. Al acercarse al coche reconoció á su sobrino; y aunque en los labios del herido aparecía una espuma sanguinolenta, le dijo con acento entrecortado, haciendo un poderoso esfuerzo:

—Ni te pido ni quiero gracia para mí, pero sí te ruego, en nombre de tu madre, respetes el honor de mis pobres hijas.

—¡Ya verás la manera que tengo de complacerte!—dijo Melchor.—¡Hola! Trasladad á este hombre á mi aposento, y dejadle en uno de los lechos que al efecto tengo preparados.

Cuatro de los bandidos que le auxiliaban se apoderaron de su infortunado tío y desaparecieron por las accidentaciones de la sierra.

Mientras los otros muchachos se ocupaban en atar fuertemente á los conductores del vehículo y en descerrajar los cofres, volcando su contenido en las mantas, su segundo, un galeote licenciado de presidio, conocido por Cartucho, le ayudaba á sacar fuera del coche á sus dos primas, que estaban desmayadas de terror.

—Este síncope—dijo Melchor dirigiéndose á su teniente—nos evita las súplicas y lamentaciones. ¡Carga con esa y

vamos de prisa, antes que vuelvan en sí y nos veamos obligados á someterlas á nuestra voluntad par la violencia!

Durante el trayecto, el teniente imprimía de cuando en cuando un beso lúbrico en el casto y puro semblante de la hermosa joven que conducía.

—Me parece—dijo Melchor—que te propasas sin mi permiso, y esa falta de respeto sería muy fácil que te costase la vida.

—Dispense usté, mi capitán, que yo no he querío ofenderle; pero la hermosura de esta muchacha me ha jecho perder la chabeta, y sin darme cuenta de lo que jacía, le he largao unos cuantos besos, que dimpués de tó no le dejan nenguna señal en *la fila.*

—Eso quiere decir, tunante, que te has enamorado de la chica como un energúmeno.

—¿Y quién tiene resistencia—contestó el teniente—pa llevar entre sus brazos una moza tan bonita y tan mujé, sin que se le encienda la sangre, le entre la basca y los temblores por toito el cuerpo?

—De modo, que si yo te cediese esa prenda de rey......—objetó Melchor.

—Me golvía loco, mi capitán, y sería yo pa usté más fiel y leal que un perro—contestó el teniente.—¡Vamos!, que daría mi alma al demonio porque fuera mía, ó de usté si la quiere, que pa el caso viene á ser lo mismo.

—Pues te la regalo, pero con una condición.

—La acepto desde luego, mi capitán, sea cual fuere la exigencia que quiera de mí.

—Nada de exageraciones; la única condición que impongo es sencillísima: que me la devuelvas cuando yo te lo mande, sin hacerme preguntas de ningún género.

—Corriente, mi capitán, y ¡ya verá su mercé de la manera que cumplo yo mi palabra!

—Pues no hablemos más, y silencio, que ya hemos llegado.

En lo más agrio é intrincado del Guadarrama había comprado Melchor hacía tiempo una casa de labranza, compuesta de planta baja y principal, y después de renovarla y amueblarla convenientemente, solía pasar en ella algunas sema-

nas con las queridas que le ayudaban á dilapidar su hacienda.

El capitán cedió la planta baja al teniente y los muchachos, y se reservó el principal, amueblado con lujo y con las comodidades necesarias para un hombre que había vivido siempre en la opulencia.

Apenas entraron en la casa, el teniente desapareció con su preciosa carga, y Melchor, con la suya, se dirigió á la escalera, subiéndola con una rapidez pasmosa. Esta prisa obedecía al temor de que expirase su tío sin presenciar el horrible suplicio á que le había condenado.

Atravesó la sala, por cuyos balcones penetraba una claridad incierta, puesto que había empezado á anochecer, y sin detenerse se introdujo en la alcoba, depositando á su prima en una cama, frente de la que ocupaba su padre, cuya respiración y casi imperceptibles quejidos acusaban lo gravísimo de su estado.

Sobre el lavabo había un gran candelabro, y sin perder un momento encendió las ocho bujías colocadas en sus brazos, quedando fuertemente alumbrada la habitación; mientras, desnudaba á su prima sin ninguna clase de miramientos, acto que su padre presenciaba con los ojos desmesuradamente abiertos, en cuya mirada de espanto se revelaba una fiereza destructora para su sobrino y un poema de amor para su inocente hija; sin duda comprendiendo lo que iba á suceder, le atacó una terrible convulsión que debía terminar con su existencia.

Satisfecho Melchor, y gozándose en los sufrimientos de aquel hombre, que moría desesperado, se acostó con su inocente víctima, que permanecía desmayada, y abusó cínicamente de la que en otro tiempo le amara con una pasión pura y candorosa. Durante aquel acto inconcebible de barbarie, el desgraciado padre se incorporó en el lecho con el cabello erizado, las manos crispadas y los ojos fuera de las órbitas, y lanzando una especie de rugido de impotencia, acompañado de un vómito de sangre, rodó desde el lecho al suelo produciendo la caída del cuerpo un golpe sordo y seco.

III

Quince días después de la terrible noche en que Melchor con una saña inaudita cometiera á mansalva los más espantosos crímenes, salían con los ojos vendados de la casa maldita de la sierra Aurora y su hermana, conducidas en su propio coche y custodiadas por cuatro bandidos, que tenían la orden de dejarlas á la puerta de la quinta de su padre.

Al sentir el ruido del carruaje salió el mayordomo, que esperaba impaciente la llegada de su amo, pues ignoraba lo que había sucedido; se quedó atónito al encontrarse con las señoritas en un estado tal de postración y con una calentura que apenas podían sostenerse; su primer cuidado fué que se metieran en la cama y que las administrasen unas tazas de tila, en tanto que él iba por el médico al inmediato pueblo de Cercedilla.

El galeno puso muy mala cara acerca del estado de las enfermas, y manifestó al mayordomo que no podía decir en qué pararían aquellas misas, y que sería conveniente avisase á la familia sin pérdida de tiempo, mientras tanto que él hacía cuanto estuviese de su parte para que recobrasen la salud.

El mayordomo, que mientras más pensaba, menos comprendía la ausencia de su amo, que nunca se separaba de sus hijas, ignorando su paradero; y siendo imposible interrogar á las señoritas, el buen hombre escribió á la única tía que les quedaba, madre de Melchor, rogándole volara en su auxilio; esta carta coincidió con otra que un pariente lejano le escribió desde Madrid, dándole cuenta de los sucesos de Guadarrama, en que figuraba como héroe su hijo, que se había puesto fuera de la ley.

La infortunada madre acudió en auxilio de sus sobrinas cuanto de prisa le fué posible, y la entrevista fué dolorosamente triste, y unidas derramaron abundantes lágrimas, abatidas bajo el peso de tanto infortunio. Convinieron en no

volverse á separar más; y cuando las pobres niñas estuvieron un tanto restablecidas, emprendieron el viaje á uno de los cortijos de la madre de Melchor, retirándose por completo de todo trato social, sin otro deseo que las dejasen tranquilas en su retiro. La pobre señora, que hacía tiempo vivía sola, regresaba de nuevo á su casa con dos hijas del alma, pero ambas estaban heridas de muerte.

IV

Mientras su madre amparaba las víctimas del nefando crimen cometido por Melchor, éste y los suyos se entregaban por completo al robo, al saqueo de los pueblos y al asesinato de los desgraciados que intentaban defenderse al par que defendían sus intereses.

Inmediatamente mandaron de Madrid una compañía en persecución de los bandoleros, que habían sembrado el terror y el espanto en los pueblos de la sierra, y que además de quitarles el dinero, les quitaban la vida á cuantos tenían necesariamente que atravesar el puerto de Guadarrama.

Melchor se propuso sorprender la compañía de soldados, que no le dejaba reposar; y una tarde en que la tropa estaba rendida de fatiga por la marcha que había hecho en persecución de su teniente *Cartucho* y de unos cuantos muchachos que, cumpliendo sus órdenes, se dejaban ver continuamente, consiguió meterlos en un paso peligroso, donde los esperaba Melchor con el resto de la partida.

El teniente Cartucho, conocedor como pocos del terreno, debía unírsele apenas se disparasen los primeros tiros, puesto que, tomando por un escarpado sendero, acortaba un par de leguas de camino. El capitán, engañado por el guía, que era de los bandidos, cayó en la emboscada, de la que no pudo darse cuenta hasta que resonó de un modo lúgubre la primera descarga.

Los soldados se arremolinaron, dando gritos, y algunos arrojaron las armas, queriendo huir vergonzosamente antes

que oponer resistencia al furioso é inesperado ataque de los bandoleros. El digno y valiente oficial arengó á los sorprendidos, que bien pronto se reanimaron; y tomando la mejor posición que se le presentaba, rodeado de los suyos, preparóse á vender cara su vida antes de caer prisionero de los que por sus hechos vandálicos estaban fuera de la ley.

Como quiera que Melchor y los suyos ocupaban la parte superior de la hondonada en que se libraba la acción, y tenían resguardado el cuerpo por las peñas, no hay que decir la ventaja que llevaban sobre aquellos desgraciados, que recibían descubiertos el mortífero plomo de sus escopetas.

Los ayes de dolor de los que caían, los gritos, las maldiciones, las injurias de los que aún permanecían de pie, llamando á los bandidos ¡cobardes!, ¡asesinos!, que carecían de valor para atacarles frente á frente, excitaron la indómita bravura de Melchor, que dió orden de desalojar los peñascos y bajar á la hondonada, atacando al enemigo por distintas direcciones.

La ya mermada compañía no pudo resistir mucho tiempo aquella brusca y terrible acometida. Donde quiera que la tropa oponía á los bandidos una brava resistencia, batiéndose con el valor que presta la desesperación, allí se presentaba Melchor, sembrando la muerte á su paso, como si le protegiera un ser superior y desconocido.

No tardó mucho tiempo en declararse por los bandidos la victoria.

Apenas dejó de existir el capitán, que luchaba con Melchor cuerpo á cuerpo, tratando de herirle con la espada, cuyos golpes paraba con una serenidad pasmosa, parando los tajos y reveses que le dirigía su contrario, el que siempre tropezaba con un largo cuchillo de monte de que estaba armado, los que aún se batían, emprendieron la fuga, amparados por las primeras tinieblas de la noche.

Los muchachos recogieron sus heridos, abandonando los de la tropa á merced de los lobos y aves de rapiña, y salieron de la hondonada en medio de los lamentos de los moribundos.

No tardó en llegar la noticia de la hazaña llevada á cabo

por los bandidos á los pueblos de la sierra, comunicada por los fugitivos que, aspeados y maltrechos, se presentaron á los alcaldes en demanda de alojamiento. Estas autoridades comunicaron la infausta noticia á las de Madrid, las que dispusieron que inmediatamente saliese uno de los batallones que la guarnecían, y que, dividido por compañías, emprendiera la persecución de los malhechores, hasta concluir con el último de la partida.

Aunque Melchor estaba prevenido para cualquier evento que pudiera surgir, conociendo que el centro en que maniobraba era demasiado reducido, pocos los pasajeros que atravesaban la sierra y mucho el dinero que necesitaba para sostener su gente, determinó correrse sobre Andalucía, burlando al gobierno y sus soldados, los que debían encontrarse con cara de palo no bien hiciesen su irrupción en la sierra.

Dos noches después abandonaron el Guadarrama, cargando en mulas y caballos cuanto tenían de valor y conceptuaron de necesidad; y después de una larga y penosa travesía por sitios inhabitados y solitarios, penetraron en Sierra Morena sin ningún contratiempo.

No tardó mucho tiempo en dejar sentir el terrible azote que había caído sobre la bella comarca, pues en poco tiempo quemó varias heredades, privó de la vida á cuantos se oponían á su paso, asaltó los pueblos con una audacia y un valor inauditos, despojó á los templos de cuantas alhajas tenían, atropelló á las mujeres, dejando tras sí las huellas de las lágrimas y la desesperación.

En las ciudades y en el campo se pronunciaba con terror su nombre, á causa de su presencia inesperada en distintos puntos en breve tiempo, lo que unido á la osadía, la bravura y la suerte con que llevaba á cabo difíciles empresas, le valieron el sobrenombre de *El Diablo*, por más que estuviese en contradicción con su apellido de la Cruz, á no ser que los andaluces, con su privilegiada imaginación, quisieran hacer bueno el adagio de: *Detrás de la Cruz el diablo*.

Algún tiempo después de emprendida esta campaña contra todo el mundo fué aflojando respecto á los pastores y cortijeros de la sierra, los que le ofrecían ampararle y prote-

gerle en cambio de que respetara sus vidas y haciendas. Ayudado por los serranos derrotó y destruyó en varias ocasiones á la tropa y cuadrilleros que le perseguían, desistiendo las autoridades, en vista del menoscabo que sufrían las leyes y el principio de autoridad, á cesar de mandar gente armada en su persecución.

Entonces se decidió á comprar un cortijuelo en la sierra, aparente para lo que necesitaba, no tanto con el objeto de explotarlo, sino con la idea de que le sirviese de guarida y pudiesen los muchachos descansar cómodamente de sus continuas correrías. Al frente había puesto un buen hombre, entendido en las faenas del campo, que lo labraba con beneficio, al que había hecho muchos favores, de los que le estaba sumamente agradecido, y antes se hubiera dejado hacer pedazos que venderle ni perjudicarle en lo más mínimo. Aunque Melchor estaba muy bien con los cortijeros y pastores de la sierra, que por temor le querían y pronunciaban su nombre con respeto, evitaba cuanto le era posible alojarse en sus cortijos para no serles gravoso. Agradecidos por esta deferencia, no pisaba la sierra un soldado ó un cuadrillero, sin que instantáneamente no lo pusieran en su conocimiento.

Su actividad vertiginosa no le dejaba un momento de reposo; y cuando no tenía que presentarse necesariamente en el camino, se marchaba solo, entreteniéndose en estudiar lo intrincado de la sierra, la que podía decirse que conocía palmo á palmo; acababa de llegar á su cortijo de una de estas expediciones, y apenas penetró en su despacho mandó que se le presentase el teniente.

V

Dos golpes dados con los nudillos en la puerta de entrada, denunciaron la presencia del teniente.

—¡Adelante!—contestó Melchor.

—¿Me ha llamao el capitán?—dijo penetrando en la estancia.

—Sí, hombre; necesito hablarte de un asunto urgente.

—Pues aquí me tiene á sus órdenes, y no perderé una sola palabra.

—Acabo de tener una confidencia importante y de interés para nosotros.

—¿Viene de güena procedencia?

—Por supuesto—contestó Melchor;—porque de otra manera hubiera hecho caso omiso, como una de las tantas tonterías que nos dicen continuamente.

—Veamos de lo que se trata, mi capitán.

—Hace poco tiempo que falleció en Granada un ricacho, solterón y sin parientes; y no sabiendo qué hacer de su fortuna, se le ocurrió la idea de legársela á los ermitaños de Córdoba.

—Yo no sé—dijo el teniente—cómo se las compone la gente de iglesia, que á cá dos por tres se les entra la fortuna por las puertas. ¡Vamos, es cosa de desesperarse!

—Pues por esta vez me parece que seremos nosotros los que heredaremos al piadoso solterón de Granada, y sin permiso de los religiosos de las ermitas.

—Me alegraría jugarles una mala pasada, porque esos señores se alimentan de oraciones y ná necesitan, y á nosotros nos jacen falta los dineros pa comprar las vituallas.

—Precisamente te he llamado para eso: siéntate y convengamos un plan de ataque que nos dé el resultado apetecido.

—¡Con su permiso, mi capitán!—dijo Cartucho, sentándose al otro lado de la mesa.—Es necesario, lo primero, el saber las condiciones en que jarán el viaje los encargaos de la custodia de los *parneses*.

—Esa misma pregunta le hice yo al confidente.

—¿Y qué le contestó, mi capitán?

—Que lo único que había podido averiguar era que dos frailes franciscanos, según la voluntad del finado, merced á una cuantiosa limosna donada al convento de su orden, se encargasen de la conducción de caudales, que entregarían en las propias manos del prior de las ermitas.

—Con esos datos yo averiguaré cuanto se necesita, pues tenemos lo que nos jace falta; ahora mesmo mando montar

á caballo á nuestro comisionao, y antes de cuatro días le tenemos de vuelta y nos dice en qué forma se traslada el parné, la fuerza que acompaña á los frailes, el camino que traen y jasta la cara que tienen: ¡pues apenas si el angelito de mi alma se pierde de vista de listo y de pillo!

—¿Supongo que ese muchacho será persona de confianza?

—Respondo de él como de mí mismo. ¡Y poquitas ganas que tiene de jacer méritos pa que su mercé le nombre endeviduo de la partida!

—Siendo así—dijo Melchor,—aprovechemos sus buenos deseos; y ya que la cosa urge, es preciso que salga esta misma noche, y que se disfrace con la ropa de uno de los trabajadores del cortijo, á fin de que no infunda sospechas.

—Descuide usté, mi capitán, que tó se jará á medía de su deseo.

VI

Pelote, mozangón de diez y nueve años, que acababa de recomendar Cartucho al capitán, salió del cortijo disfrazado de trabajador; y sin duda era un gran jinete, puesto que puso el caballo al trote, tomando por las veredas y trochas, cuyo itinerario le diera el teniente.

Durante la noche atravesó la sierra de Córdoba, y antes de que amaneciera se metió en la provincia de Jaén, sin tomarse un momento de reposo, á pesar de las asperezas y escabrosidades del terreno, y sin que su cuerpo demostrase el menor cansancio.

Bien entrada la mañana, y á unas cuantas leguas de esta última provincia, divisó en la carretera un pequeño ventorro, y hacia él encaminó su cabalgadura.

Antes de penetrar en aquel refugio, donde se proponía satisfacer la necesidad de su estómago, que le pedía á gritos algún alimento, examinó el cebo de dos pistolas que llevaba ocultas entre la faja; y satisfecho de que no había sufrido detrimento la pólvora, volvió á guardarlas en el mismo sitio.

Apeóse en la puerta, llamando al ventero á grandes voces, como quien piensa pagar el gasto sin reparar la cuenta.

Inmediatamente apareció un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía franca y simpática, cuyo rostro estaba adornado con dos grandes patillas de boca de hacha. Examinó al recién llegado, al que tomó por criado de algún cortijo inmediato, y le preguntó con acento meloso:

—¿En qué pueo servirle, nostramo?

—Si hay en la casa, necesito para mí unas magras con huevos fritos, pan y vino, y pa mi caballo un buen pienso de cebada, pero que no se la coma el mozo.

—Descuide usté; y si quiere, venga conmigo, y se convencerá de que en esta casa no se engaña á naide.

Una hora después salía del ventorrillo; y cuando lo hubo perdido de vista, abandonó la carretera; y metiéndose por la falda de una montaña, se internó en la sierra, tomando la trocha que antes abandonara. Durante el camino no encontró alma viviente, y á eso de las cuatro de la tarde dió vista á la ciudad de los cármenes.

A la terminación del barrio de los Greñudos, y muy próximo al Arrabal, existía por entonces una humilde posada que ostentaba en su muestra el retumbante nombre de *Al Duque de Gandía*. Si este noble señor hubiera vivido, de seguro que entabla querella al posadero por desacato humillante á su persona; tal era la posada de mezquina y sucia, que se necesitaban zancos para penetrar en aquella inmunda cloaca.

Ajustóse por una semana por la asistencia, manutención de su cabalgadura y una habitación para dormir, puesto que los muchos encargos que traía, y el compromiso de un amigo á quien quería mucho, le impedirían de seguro comer en el establecimiento. Pagó ocho días adelantados y salió á la calle en demanda del convento de los Franciscanos, que era un famoso edificio, impropio por su magnificencia de los que decían vivir de la caridad pública.

Entróse Pelote con desenvoltura en la portería del convento, y al cerrarle el paso un lego largo y enjuto, que parecía le habían prensado, pegó con él la hebra, y antes de una hora eran buenos amigos, obsequiándole con una buena ce-

na, pagada por el mozangón, y durante los brindis le hizo desembuchar que el padre fray Serapio de los Santos, con otro de la comunidad, eran los encargados de conducir el cuantioso donativo del solterón á los ermitaños de Córdoba, contra los que se deshizo en injurias é improperios.

Pelote correspondió á esta confianza diciéndole que para el propio reverendo traía una cantidad de dinero para que dijese unas misas, aplicadas por el eterno descanso de su ama, que lo encargó con sumo interés á la hora de la muerte; pero ya que no podía verle aquella noche por las ocupaciones que le proporcionaba la extravagancia del solterón, que volvería á la mañana siguiente á ver si era más afortunado, y de camino almorzarían juntos.

Esta última parte le produjo al lego un estremecimiento de gozo infinito, y hubiera abrazado de buena gana á su amigo si no temiera la llegada inoportuna de algún fraile, pues se acercaba la hora de cerrar el convento.

Excusamos decir que el muchacho no dejaba la ida por la venida, y siempre á las horas en que sabía no estaba su paternidad, para charlar á sus anchas con el hermano lego, que estaba muy bien enterado de cuanto pasaba en la comunidad.

Sabiendo ya cuanto necesitaba, se despidió de su amigo, el lego portero, y se dirigió al palacio del finado solterón para observar si los frailes empezaban sus preparativos de marcha. El lego que había de acompañarlos se ocupaba en aquel momento en aparejar tres poderosas mulas, en cuya operación le ayudaba el portero.

Pelote, convencido de que había llegado la hora, se trasladó á su posada más ligero que el viento, de la que salió montado en su jaca antes de que pasase un cuarto de hora. Regresó por el mismo camino para cerciorarse de si los frailes habían emprendido la marcha; y cuando pasaba por delante de la puerta, ésta se abría para dar paso á los conductores del dinero. Pasó por delante sin mirarlos; y acomodando su jaca al paso de las mulas, se dirigió á la puerta de la ciudad, por donde daba comienzo la carretera de Jaén.

En aquel sitio esperaban la llegada de los reverendos cincuenta provinciales, mandados por un oficial de recono-

cido valor y práctico en la persecución de malhechores.

El muchacho, que ya había terminado su cometido, de un repelón se metió en la sierra; y sin desviarse un punto del itinerario marcado por el teniente, regresó al cortijo, donde era esperado con impaciencia.

El capitán y el teniente oyeron detalle por detalle cuanto había pasado en Granada, y la salida de los frailes, custodiados por soldados de la provincia, manifestándole el capitán que si era verídico su relato, desde luego quedaba admitido en la partida.

Aquella misma noche dispuso Melchor que su teniente saliese al encuentro de los franciscanos, en unión de dos muchachos, y no los perdiesen de vista desde que penetrasen en la sierra de Córdoba, pero que debían hacerlo de manera que ni frailes ni soldados adivinasen su presencia; los sometía á este espionaje por si alguien trataba de venderlos, excitado por la codicia de una buena recompensa.

VII

El teniente salió aquella misma noche del cortijo, según le había ordenado el capitán, en demanda de los límites de la provincia de Córdoba, donde debía esperar á los encargados del espléndido donativo. Como quiera que los frailes hacían el camino á pequeñas jornadas, el teniente estuvo de plantón unos cuantos días antes de percibirlos en la carretera: desde aquel momento no dieron un paso sin estar bajo la vigilancia de los bandidos.

Una tarde, en que la niebla de la montaña era bastante espesa, el teniente, amparado por ella, se acercó cuanto pudo á la carretera, y vió que un hombre, que parecía haberse desprendido de un peñasco, se metió en el camino; y saludando al oficial que mandaba la fuerza, le habló como si ya fueran conocidos, yendo á su lado más de media legua. Antes de separarse recibió del militar unas cuantas monedas.

No era menester tanto para que el teniente Cartucho com-

prendiese que aquel sujeto era un espía que acababa de darle noticias de la existencia de los bandidos en la sierra. Volvióse el delator á los breñales por el lado que marchaba el teniente, y apenas se aventuró por un estrecho sendero, una mano de hierro le cogió por la garganta, y medio asfixiado abrió las manos, de las que se desprendió la escopeta que llevaba en el seguro.

Mientras esto sucedía, los frailes y provinciales tomaban posesión de la posada del próximo pueblo, donde debían pasar tranquilamente la noche.

Antes de que el confidente pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se sintió amarrar fuertemente los brazos con uno de esos cordeles de cáñamo que llevan siempre á prevención los bandidos; el que le había cogido por el cuello aflojó un tanto, diciéndole al mismo tiempo:

—En cuantito abras la boca te doy un achuchón que te dejo seco el paladar; conque así tú verás lo que jaces y lo que te conviene.

—¿Pero yo qué he jecho pa que me traten de esta manera? —dijo con acento ronco, á causa de la caricia que le había hecho el teniente en el gaznate.

La contestación no se hizo esperar: apenas concluída la última palabra, sintió entre oreja y oreja tan terrible cogotazo, que el pobre hombre dió algunos traspiés y estuvo á punto de rodar por el sendero.

Llegaron á una pequeña choza, y uno de los muchachos llamó con la culata de la escopeta; aquélla se abrió inmediatamente, apareciendo un jastialote, con un candil en la mano, de aspecto entre gañán y bandido. Entraron el teniente y su prisionero, y detrás los muchachos, que llevaban la cuerda con que iba atado; sentóse Cartucho delante de la chimenea, donde ardía un buen fuego, y dió orden á los bandidos para que le presentasen aquel aguilucho recortao por si le había visto en alguna parte.

—Vamos, tunante, desembucha por el aire cuanto has dicho al oficial de provinciales; y ten cudiao con lo que dices, porque si te cojo en un renuncio, estoy jaciendo judiás contigo mientras te dure la vida.

El preso dudó en contestar, pero una seña imperceptible del teniente y un estacazo propinado por uno de los muchachos con la baqueta de su escopeta, que era una gruesa vara de fresno, obraron poderosamente en el prisionero, que contestó con acento compungido:

—Yo le suplico por Dios, mi tiniente—dijo aquel cobarde, cayendo de rodillas,—que no jaga conmigo un atropello por to lo que más quiera en este mundo.

—Güeno, hombre, así lo haré siempre y cuando digas la verdad sin reticencias ni tunanterías.

—Mire usté, mi tiniente, yo soy un probe, y la vida no se la gana uno tan ainas, y he tenío por jambre que jacer á pluma y á pelo; de manera, que encargao de averiguar el paradero del señor Melchor por el oficial de provinciales, al que ya había servío en otras ocasiones, le busqué en la carretera y le dije que el capitán se encontraba en su cortijo, pero que esto no era óbice pa que el diablo jiciese una de las suyas.

—Tu conducta merece un premio—dijo el teniente con voz siniestra;—y como quiera que yo soy justo, voy á dar orden de que te lo den en seguida.

El teniente guiñó un ojo á los muchachos, y éstos tiraron de la cuerda para sacarle fuera de la cabaña; el prisionero se arrojó al suelo, dando lastimeros gritos, pidiendo socorro, negándose á levantarse; pero se le acercó el jastialote, y tomándole por mitad del cuerpo y levantándole como si fuera una pluma, lo sacó de la cabaña y le condujo en esta forma á una respetable distancia.

Entre tanto el teniente había tomado de la chimenea una botella de aguardiente y llenó un vaso de vidrio de medio cuartillo, que bebió de un solo trago. Al dejar sobre la mesa la vasija resonaron en la sierra dos escopetazos.

—Un traidor menos—dijo el teniente, limpiándose la boca con un pañuelo de seda de la India;—si jicieran tos lo que yo cuando cae en sus manos un traicionero, de seguro no se encontraba uno por un ojo de la cara.

A la mañana siguiente, y después de espiar durante todo el día los movimientos de los frailes y los provincialas, y cumplido ya su servicio y seguido de sus muchachos, se

encaminó al cortijo, donde le esperaba el famoso Melchor.

Puso en su conocimiento cuantas observaciones había hecho desde que los conductores del dinero penetraron en la carretera de Córdoba, sin omitir lo que le declarara el espía, al que había hecho pagar cara su traición.

—El aviso de ese tunante—dijo el capitán—nos ha perjudicado en gran manera, porque los provinciales marcharán siempre prevenidos, y se hace imposible una sorpresa.

—Pues por lo mismo mandé que le fusilaran apenas me largó cuanto tenía en el buche.

—Está bien, pero eso no evita lo otro, y tendremos que apretar bien las clavijas si nos hemos de quedar con la conducta del dinero.

—Por eso no hay que apurarse, mi capitán; ya sabe usté mejor que naide que los muchachos son duros como demonios, y prefieren morir antes que golver la cara al enemigo.

—No se compone todo por la fuerza, y la victoria depende muchas veces de una tontería; lo que sí es necesario sacar ventaja desde el principio, que es lo que da siempre superioridad entre dos enemigos que se baten en buena ley.

—Aunque me lo explique cien veces, de esas cosas no entiendo yo una palabra; yo soy muy güeno pa cumplir con lo que se me ordena y batirme como el primero.

—No hablemos de eso, que yo sé demasiado lo que vale cada uno, y si Pelote no trae alguna noticia que haga variar mi plan, pasado mañana, á la hora conveniente, esperaremos á los provinciales en el barranquillo de las tórtolas.

—Güeno, mi capitán, y yo le aseguro que, como siempre, daremos leña á los provinciales, y ni éstos ni los cuadrilleros pisarán en mucho tiempo la sierra.

—Ocúpate de todos los preparativos—dijo Melchor reflexionando,—sin decirle á la gente el asunto que tenemos entre manos.

—Descudie usté, mi capitán; y esa advertencia no reza conmigo.

Dos días después, á las once de la mañana, Melchor de la Cruz tomaba posesión del barranquillo de las Tórtolas, distribuyendo su gente y haciéndola ocupar los puestos estra-

tégicos. Al teniente se le encomendó que atacase á los provinciales siempre que éstos tratasen de forzar el paso, escapando con los frailes por la salida de una profunda cañada que daba paso á las montañas de las ermitas. Un profundo silencio reinaba en aquel sitio sombrío, que aun lo era más por el tristísimo y monótono canto de las tórtolas que anidaban en los chaparros y quejigos.

Una hora después empezaron á descender á lo más profundo del barranco los migueletes, que marchaban en ala, llevando en medio á los conductores del dinero; ya en medio de aquella especie de cañón, por donde tenían necesariamente que atravesar, sonó un escopetazo, seguido de una descarga cerrada.

Aunque los soldados iban prevenidos por la delación del espía, no dejó de sorprenderles lo violento y rudo del ataque; otra nueva descarga hizo más aflictiva la situación de los pobres provinciales. Los frailes gritaban como energúmenos, pidiendo á Dios misericordia, y deslizándose de las mulas, echaron abajo las cajas que contenían el dinero, y poniéndolas de canto, se parapetaron detrás de aquel improvisado baluarte.

El fuego que sobre la tropa habían hecho y seguían haciendo los bandidos, causó bajas definitivas y buen número de heridos, equilibrando las fuerzas de ambos enemigos. Los bandidos, resguardados por las salientes de las montañas, herían á mansalva, mientras que el plomo de los provinciales se estrellaba contra las peñas sin producir el menor efecto, por lo que determinaron asaltar las salientes y batirse cuerpo á cuerpo con los bandidos. Aunque esta temeridad daba una ventaja extraordinaria á los satélites de Melchor, preferían morir de este modo á que los asesinasen en la inacción. El combate se prolongaba demasiado; y aunque los bandidos llevaban la mejor parte, la victoria aún no se había decidido por ninguno.

Melchor el Diablo, con su vista de águila, no perdía un solo movimiento del enemigo; y apenas el capitán de provinciales inició un movimiento para atacar el flanco izquierdo, le salió al encuentro con seis muchachos, arremetiéndole

con tal denuedo y bravura que los hizo huir á la desbandada: aquella fué la señal de *sálvese el que pueda*, y los que aún peleaban imitaron el ejemplo de su jefe, perdiéndose enseguida entre las accidentaciones del terreno.

Tampoco los frailes se aguardaron á razones: remangados los hábitos, emprendieron por la montaña tan vertiginosa carrera, que parecían conejos huyendo de una traílla de podencos.

Las pérdidas sufridas por parte de Melchor habían sido sensibles: el teniente Cartucho y cuatro muchachos de los más osados murieron en la acción batiéndose como fieras.

Las cuatro cajas conteniendo los ochenta mil duros del donativo fueron trasladadas al cortijo, donde se hizo el reparto, concediendo Melchor á sus bandidos quince días de libertad para que se divirtiesen y llevasen dinero á sus familias. Antes de partir nombró su teniente á uno de los muchachos apodado *Poca pena;* y aunque este nombramiento no fué del agrado de los bandidos, ninguno se atrevió á rechazarlo.

Poca pena había ingresado en la partida un año antes; y, según confesión propia, había cometido varios crímenes y no pocas fechorías.

Pero el relato de sus hazañas era ni más ni menos que un tejido de imposturas; todas sus guapezas se reducían á haber cometido dos asesinatos cobardes y con el ensañamiento de un miserable que carece por completo de todo sentimiento de humanidad.

Hacía tres años que contrajera matrimonio con una joven de la vecindad, tan honrada como hermosa y tan limpia como económica, y mujer capaz de volver su casa lo de arriba abajo en menos tiempo que nosotros empleamos en decirlo.

Antes de casarse María con *Poca pena*, mote con que era conocido en el pueblo, había tenido relaciones unos dos meses con el hijo del alcalde, relaciones que terminaron por la oposición de los padres del mozo á causa de la pobreza de la muchacha.

Sin embargo de la ruptura, no por eso dejaron de apre-

ciarse dentro de los límites de la más pura y santa amistad.

Aunque María, obrando lealmente, había puesto en conocimiento de su marido antes de casarse estas relaciones y la causa de su rompimiento, *Poca pena* manifestaba serle indiferente, siempre que ella le quisiese con toda su alma.

Pero todas estas promesas cayeron por tierra ocho días después de su casamiento.

Por si María miró ó no miró al hijo del alcalde, por si le saludó con la sonrisa en los labios, ó por si se le encontraba á menudo, era suficiente motivo para propinarla tan tremenda paliza, hasta dejarla completamente desfallecida.

Las amenazas de muerte, las injurias, los puntapiés y las bofetadas eran prodigados á todas horas.

Una tarde en que María fué saludada por el hijo del alcalde cuando iba al campo, lo vió su marido; y cogiéndola brutalmente por un brazo y metiéndola á empujones en su casa, la dijo con acento amenazador y terrible:

—¡Ha llegado la hora, infame y mala mujer, en que yo te cumpla lo prometido!

Y poniéndose la chaqueta y el sombrero, salió de su casa como una tromba.

Cerca del anochecer se apareció al hijo del alcalde, que estaba arando las tierras de su padre, y le dijo:

—Francisco, ¿quieres darme tabaco para echar un cigarro? porque he concluído con el mío y tengo hambre de fumar.

—¡Sí, hombre! Allí tienes la chaqueta, saca la petaca y toma el que quieras, que yo tengo en casa lo que no puedo fumarme en una semana.

—No, ven conmigo y dámelo, porque á mí no me gusta meter la mano en bolsillo ajeno.

—Como quieras; pero ese escrúpulo me parece tonto, siendo así que yo te autorizo.

Y los dos juntos se dirigieron á un repecho, donde Francisco tenía la chaqueta y el sombrero.

Apenas el hijo del alcalde se inclinó para tomar la prenda, *Poca pena*, con la rapidez del relámpago, hundió por dos veces en la espalda un ancho cuchillo que llevaba preveni-

do, partiéndole los pulmones y dejándolo muerto en el acto.

Después de cometido este infame y alevoso asesinato, corrió á su casa, donde llegó un cuarto de hora después.

Atrajo con engaños á su mujer á las habitaciones interiores, y apenas penetró en la alcoba, le tiró tan tremendo tajo, que casi le cercenó la cabeza.

Cayó la pobre María sin exhalar un grito, y aquella fiera se arrojó sobre su cadáver, mutilándole de una manera tan horrorosa que la pluma se resiste á describirlo.

Con la mayor calma se mudó de ropas, abandonó la casa, dejándola cerrada con llave, se metió en la sierra, por donde vagó algunos días, hasta encontrarse con la partida de Melchor, que le admitió en fuerza de ruegos y súplicas.

Su carácter taciturno y sombrío le hacía repulsivo, y no tenía un solo amigo en la partida.

VIII

Diez meses después prendieron á Melchor, mientras dormía la siesta en un cortijo de las cercanías de Córdoba, vendido por su nuevo teniente *Poca pena* por la suma de cinco mil ducados y su indulto.

Le trasladaron á Sevilla, escoltado por numerosa fuerza de caballería; le metieron en la cárcel y en el calabozo más seguro mientras se actuaba la causa, que se sustanció con una rapidez pasmosa, condenándole á sufrir la pena de muerte en la horca. Cuando fueron á buscarle la mañana que debía ingresar en la capilla, le encontraron muerto sobre la paja que le servía de lecho.

Se murmuró mucho tiempo, diciéndose que sus parientes le proporcionaron un veneno para que se librara de aquella muerte ignominiosa.

FIN